

Primero, un examen de conciencia bien hecho. El examen de conciencia es una oración entonces no lo hago yo solo sino que lo hago en diálogo con Jesucristo. Recordar que estoy en la presencia de Él y que las cosas que voy a pensar, el recuerdo de mis faltas no va a ser resultado de mi esfuerzo personal sólo, sino ante todo va a ser el resultado de lo que Dios con su luz me va a mostrar, y el arrepentimiento me lo va a poner Jesucristo en mi corazón y en mi voluntad. Voy a hacer mi examen teniendo conciencia clara de que voy a hablar con Él, de que lo hare en comunión con Jesucristo y El va a hacer la parte más importante. Después de tener esa conciencia le pido a Jesucristo un rato de charla: "Te necesito, Jesús, para que me des un poco de luz para ver mis faltas, me des calor para tener dolor y amor en mi corazón, fuerza para proponer lo que corresponda. Pero primero mostrame Jesús tus beneficios."

Agradecer por los beneficios: Está muy bien que le pidamos a Dios perdón por nuestros pecados, pero está también muy bien que antes le digamos a Dios: "Gracias por tus beneficios". ¿Qué pocos hombres hay en la tierra agradecidos! ¿Se acuerdan ustedes del caso de los leprosos? Uno solo vino a agradecerle a Jesucristo...Y con Dios nos portamos así. No le agradecemos nunca a Dios. ¿Por qué primero le pedimos a Jesús que nos muestre sus beneficios? porque es un deber agradecer, porque si yo me doy cuenta de todo lo que me está dando, me doy cuenta de ¡qué caradura soy! Y entonces voy a sentir muy fácilmente el dolor. Si me doy cuenta de todas las cosas lindas que me ha dado Dios, cualquier pecado mío enseguida lo veo como una cosa intolerable y voy a arrancarlo. Por esto conviene que antes del acto de dolor haga un acto de agradecimiento y antes del examen de conciencia de mis faltas haga una recopilación de los beneficios de Dios.

Después de pedirle a Dios luz, hago mi examen de conciencia, recorro los mandamientos o las épocas de mi vida o las distintas actividades y ahí me doy cuenta de cuáles son mis faltas principales.

Lo más importante de todo es el dolor de los pecados o arrepentimiento. Mucho más importante que saber cuántos pecados tengo y qué pecados tengo, es estar arrepentido de ellos. ¿Y qué es el arrepentimiento? El arrepentimiento es fundamentalmente un problema de voluntad, no de sentimientos. Consiste en pensar y querer realmente dentro de nosotros decir: "Yo hice esta falta, cometí este pecado". Entre Dios que me decía: "No hagas esto porque perdés mi amistad, me va a doler lo que hacés", y esos pesos que me atraían, esos milloncitos, yo dije: "prefiero estos pesos y dejo de lado a Dios." Entonces, ¿qué pasa? En ese momento perdí la caridad, porque la caridad es el amor de Dios sobre todas las cosas y en ese momento yo lo amaba a Dios sobre todas las cosas menos una que eran esos milloncitos. Y se rompió la caridad porque la caridad es totalmente redonda: amor sobre todas las cosas. Entonces, ¿qué hago en el arrepentimiento? Digo: "Señor, qué macana hice, ¡qué mal hice cuando hice esa excepción!" Lo primero es decir: "Está muy mal hecho." y luego decir: "Está tan mal hecho que quisiera no haberlo hecho, ¡ojalá no lo hubiera hecho! Más aún, ojalá pudiera retrotraer el tiempo a ese momento, de tal manera que de nuevo frente a esa ocasión ahora diría: Te amo, Dios, sobre todas las cosas, incluso por encima de estos milloncitos."

Finalmente, digo: "Pero ya que no es posible llevar el tiempo para atrás, por lo menos en adelante quiero amarlo a Dios sobre todas las cosas, incluso por encima de estos milloncitos. Entonces, ¿qué pasa? En ese momento, si lo hago por amor de Dios recupero en mi corazón y mi voluntad el movimiento hacia Dios y dicen: "Lo amo a Dios sobre todas las cosas incluso sobre ésta, porque ahora rectifico la excepción que hice antes."

Después tengo obligación de **confesarme** para que el sacerdote me de el perdón en nombre de Dios. Todo eso lo hizo con gran sentimiento, mejor. Lo hizo frío como una piedra porque el pobre es medio duro. Qué le va a hacer, basta con que lo haya dicho con su inteligencia y su voluntad, sinceramente. En eso consiste el dolor. Fíjense que el dolor termina con ese propósito: ya que no puedo en el pasado, por lo menos en el futuro no lo voy a hacer más, y por supuesto, voy a poner los medios necesarios para no hacerlo más. Luego viene la confesión. En la confesión recuerdo la verdad: voy a hablarle no a este señor, le voy a hablar a Jesucristo que está dentro del sacerdote, Quien, por otra parte, ya sabe lo que yo tengo adentro. Y recordemos que el sacerdote allí cumple tres funciones: no sólo la del juez que tiene que perdonarme sino, además, la función de médico que tiene que sanarme y la función de maestro que tiene que enseñarme. Tengamos siempre la convicción de que ese sacerdote representa a Jesucristo. Es Jesucristo mismo el que me va a escuchar la confesión, Jesucristo me va a dar los consejos, como maestro y Jesucristo como médico va a curar mi alma, por medio de la absolución y de la gracia del sacramento. Por eso las palabras del sacerdote no son: "Jesucristo te absuelve", sino "yo te absuelvo", porque yo estoy invistiendo la representación de El.

Y en la confesión decir las cosas con sencillez. Decirlas todas; los pecados veniales no hay obligación de decirlos todos pero es mejor decirlos. Finalmente, el Padre nos da, en nombre de Jesucristo, el perdón, y una pequeña penitencia para -con esa penitencia- librarnos de la pena temporal que nos hubiera quedado para pagar en el purgatorio. Así me uno a Jesucristo Sacerdote que en nombre de Dios me trae el perdón